

LUIS MERINO REYES

PRESENCIA EN CHILE DE ALEJO
CARPENTIER

UN CORREO misterioso lleva y trae por todos los rincones de la tierra la noticia de sus grandes valores estéticos, primero avizorados por lectores y estudiosos y en seguida por el público, no menos sensible y sagaz en esas materias que los lectores y estudiosos. Así supimos, hace unos años, de la inminencia artística de Alejo Carpentier, escritor cubano, gran escritor de América, de paso, en febrero de este año, entre nosotros.

Guiados por la curiosidad, retribuidos, en seguida, por la dicha, por la satisfacción que produce un hallazgo estético que confunde forma espléndida y fondo nítido y estable, hemos leído de Alejo Carpentier *El reino de este mundo*, terminado de escribir en Caracas, el 16 de marzo de 1948, y *El acoso*, novela publicada por una editorial argentina en 1956. Además, Carpentier ha publicado en 1933, en Madrid, su novela afrocubana *Ecué Yambá-O* y *Los pasos perdidos*, también novela.

Al pronunciar el conocido denominativo "afrocubano", pensamos en el mundo afrodominicano o mejor dicho afroeuropeo que nos presenta Carpentier en *El reino de este mundo*, cogiendo la vida por su hebra más insospechada, resoplando dentro de unos tórax de raza negra, bajo miradas obscuras, encendidas, rutilantes de hechizo, de inocente ternura y también de salvaje crueldad.

"Los truenos parecían romperse en aludes sobre los riscosos perfiles del Morne Rouge, rodando largamente al fondo de las barrancas, cuando los delegados de las dotaciones de la Llanura del Norte llegaron a las espesuras del Bois Caiman, enlodados hasta la cintura, temblando bajo sus camisas mojadas. Para colmo, aquella lluvia de agosto, que pasaba de tibia a fría, según girara el viento, estaba apretando cada vez más desde la hora de la queda de esclavos. Con

el pantalón pegado a las ingles, Ti Noel trataba de cobijar su cabeza bajo un saco de yute, doblado a modo de capellina. A pesar de la obscuridad, era seguro que ningún espía se hubiese deslizado en la reunión. Los avisos habían sido dados muy a última hora, por hombres probados. Aunque se hablara en voz baja, el rumor de las conversaciones llenaba todo el bosque, confundiéndose con la constante presencia del aguacero en las frondas estremecidas.

"De pronto, una voz potente se alzó en medio del congreso de sombras. Una voz, cuyo poder de pasar sin transición del registro grave al agudo daba un raro énfasis a las palabras. Había mucho de invocación y de ensalmo en aquel discurso lleno de inflexiones coléricas y de gritos. Era Bouckman, el jamaiquino, quien hablaba de esta manera. Aunque el trueno apagara frases enteras, Ti Noel creyó comprender que algo había ocurrido en Francia y que unos señores muy influyentes habían declarado que debía darse la libertad a los negros, pero que los ricos propietarios del Cabo, que eran todos unos hideputa monárquicos, se negaban a obedecer. Llegado a este punto, Bouckman dejó caer la lluvia sobre los árboles durante algunos segundos, como para esperar un rayo que se abrió sobre el mar. Entonces, cuando hubo pasado el retumbo, declaró que un Pacto se había sellado entre los iniciados de acá y los grandes Loas del Africa, para que la guerra se iniciara bajo los signos propicios. Y de las aclamaciones que ahora lo rodeaban brotó la admonición final:

"El Dios de los blancos ordena el crimen. Nuestros dioses nos piden venganza. Ellos conducirán nuestros brazos y nos darán la asistencia. ¡Rompan la imagen del Dios de los blancos, que tiene sed de nuestras lágrimas; escuchemos en nosotros mismos la llamada de la libertad!

"Los delegados habían olvidado la lluvia que les corría de la barba al vientre, endureciendo el cuero de los cinturones. Una alarida se había levantado en medio de la tormenta. Junto a Bouckman, una negra huesuda, de largos miembros, estaba haciendo molinetes con un machete ritual".

Pero este trozo que hemos citado no nos da la imagen de Alejo Carpentier. Acaso sí el gusto por los temas descendidos, como quien dice, a la condición gregaria, visceral de hombre, nos anticipa que se trata de un escritor erudito superintelectualizado, con todos los registros de su sensibilidad, de su riqueza vivencial, para usar una palabra de moda, vigilados por una lucidez muy poderosa. Carpentier, como Miguel Angel Asturias y otras muy contadas figuras de la literatura iberoamericana, demuestran haber sido formados por la antropología, por Linton y Paul Rivet y llegan a la expresión literaria, artística en su más noble sentido, tras un proceso de decantación, de

observación y medida, de equilibrio entre la experiencia que otorga observación vital y la sabiduría que ofrece la vida acumulada en los más viejos libros. No hay, por otra parte, otro medio para afirmar pie en una mínima zona cultural, partiendo de la sólida base de que nuestro promedio de vida no llega a los 300 años. Nuestros escritores habituales, incluso los más célebres, frente a un fenómeno literario como Carpentier o Asturias, escritores europeos, en el más noble sentido de la palabra, tienen algo de aves cantoras, con sus ojos en los flancos y ese prodigio de intuición que significa correr y hasta volar sin mirar de frente. Todo esto sea entendido también en el mejor sentido de la palabra.

En el mes de febrero último, Alejo Carpentier dio una charla en el Salón de Honor de la Universidad de Chile. Hablaba, con acento francés, de Cuba, su isla revolucionaria, pero su lenguaje fue sereno. Primero vino la ubicación histórica de su patria, desde los caribes y los primeros negros insurrectos, después las grandes figuras positivas y negativas. Martí, el poeta, los feroces asesinos, los encargados de la educación pública, que hablando en otro idioma enseñaban a leer a los niños cubanos, al propio Alejo Carpentier, con silabarios filipinos. Pero la altura del pensamiento sublimó el contenido político de la charla, le dio esa macidez que diferencia una actitud histórica de una banderola ocasional o de una consigna.

En *El acoso*, Carpentier sitúa su acción que transcurre, como en el *Ulyses* de James Joyce, en el tiempo que dura un día, 24 horas, en una sala de conciertos, mientras se oye la "Sinfonía Heroica" de Beethoven. Bajo un lenguaje suprarreal, cuyo suceso está asido por los estímulos más imprevistos, bulle la Cuba tiranizada por Machado y el desaliento de una juventud prematuramente descreída. El tono es de asedio, de acoso y de captación sensible, polifacética. Escribe Alejo Carpentier:

"La casa estaba tibia aún de una presencia muy reciente, que demoraba en el desorden de la cama rodeada de colillas de papel maíz. "Espera —dijo ella, yéndose a cambiar la sábana y manotear las almohadas. (Los canarios dormidos en la jaula: olor a plumas, alpiste y migajones. El perro que asoma el hocico, soñoliento, acostumbrado a no ladrar. La mancha de humedad, en la pared, que tenía algo de mapa borroso. Las vigas, en rojo oscuro, arriba, remendando las imitaciones de caoba de los salones pueblerinos. El cubo de agua dejado en el patio, cuando llovía para lavarse el pelo mañana. Y la presencia del jabón rosado, al ácido fénico). Y fue el perfume que siempre volvía a hallar con deleite, luego de haberlo olvidado, porque su olfato lo asociaba, automáticamente, con una

imagen de desnudez en espera. "Reflejo condicionado" —se decía, percibiendo como siempre, que desde el instante en que hubiera llamado a la puerta, los pensamientos, sensaciones y actos, se sucederían en un orden invariable, que había sido el de la última vez y sería el de la próxima. El "hoy" se reiteraba en una apetencia sin fecha —podía ser el "hoy" de ayer o el de mañana— que renacía con idénticas palabras, ante los platos del comedor, o luego de decir que era muy lindo el gato dormido en su cesta, con un cascabel al cuello. La conversación se iniciaba siempre de la misma manera: él no había venido últimamente porque estaba muy ocupado en sus estudios; ella no salía ni estaba enamorada. Había visto una lámpara cerca que él prometía traerle cuando volviera (podía tratarse de una caja de turrónes o de un cojín bordado...). Ella reía, desconfiada del ofrecimiento, y, luego de sentarse en sus rodillas unos minutos, moría el coloquio cuando se levantaba para encender la luz del velador, después de cubrir con un paño la imagen de la Virgen de la Caridad. Pero esta vez, había ocurrido algo..."

Alejo Carpentier es un hombre alto, de nariz regular, de mentón algo saliente, de ojos azules y frente amplia. Más bien semeja un atleta, un ex pugilista, que un escritor. Pero basta verlo sentarse a su mesa de conferencia, sacarse su reloj pulsera y situarlo como centinela de su palabra, calarse sus gruesas gafas, para descubrir de quién se trata. De un escritor, de un artista genuino, elaborado y vigilado en pacientes y duras disciplinas.